APOCALIPSIS
EL DÍA DEL SEÑOR

Jorge Sáez Criado

© Jorge Sáez Criado, 2017
Diseño de cubierta: Ana María Fernández Gutiérrez

Edita: Eye Editorial

ISBN: 978-84-940038-1-3
Depósito Legal: S 25-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A mi mujer y mis hijos, que tienen la extraña capacidad de aguantarme todos los días, aunque es una tarea en extremo difícil.

A todos los que luchan sin desfallecer por la vida de los más indefensos.

I

—¿Te acuerdas de cuando nos conocimos? —la monja hablaba con voz vacilante desde la cama en la que llevaba días postrada. Era más joven que el sacerdote que, a su lado, la estaba haciendo compañía esa tarde, pero todo indicaba que su vida estaba llegando a su fin tras una larga lucha contra el cáncer.

—¡Cómo no lo voy a recordar, Sara! —el padre Munker la respondió con cariño, utilizando el nombre que tenía antes de entrar en el convento—. Ibas a casarte, pero no estabas segura de si Dios te quería en otro sitio. Al final, resultó que tu vocación no era el matrimonio, sino la vida contemplativa.

—¿Cuánto hace de eso, Joaquín? Casi 40 años ya. Han sido años muy felices. Y ahora me acerco a la felicidad eterna.

—Te veo muy preparada.

La monja se rió con ganas, dando paso a una serie de fuertes toses.

—Llevo años preparándome, amigo mío —dijo cuando se recuperó—. Y me voy en un buen momento.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, déjalo. Tonterías de viejas.

—Entre todos los adjetivos que te podría aplicar, en ningún momento se me ha ocurrido el de «vieja». Y menos cuando eres mucho más joven que yo. Así que, por favor, cuéntame a qué te refieres.

—¿No has visto cómo ha cambiado el mundo? Parece como si todo se hubiera acelerado. Aquí dentro no recibimos muchas noticias, pero las que nos llegan no son tranquilizadoras.

—Sí que es verdad que últimamente las cosas no van demasiado bien, pero no sé hasta qué punto no es algo normal en la historia del mundo.

—Los cambios son demasiado rápidos, Joaquín.

—Seguro que las cosas acaban volviendo a su cauce.

—No lo sé. Esta crisis, las reacciones de la gente a las declaraciones de los obispos...

—A nadie le gusta que le recuerden que la crisis no es sólo económica, sino también moral y espiritual. Y yo habría añadido que intelectual.

—¡Tú siempre igual! —una sonrisa se abrió paso a duras penas por el rostro de sor Anunciación del Sagrado Corazón.

—Ya sabes que creo que, si la gente leyera más, no habría tantos problemas.

—Ya lo sé, ya... —la monja volvió a ponerse seria—. Esta vez es diferente, amigo mío. Llevo un tiempo con una sensación muy extraña, como si tuviera una intuición que no terminara de abrirse camino.

—Bueno, no te preocupes. Lo que tenga que ser, será. No tenemos derecho a desanimarnos.

—No me desanimo, pero... de verdad, creo que algo va a pasar. No te sé decir qué, pero va a ser muy grave. Y no, no se trata de mi muerte. Eso no es grave —añadió, con una sonrisa—. En fin, veo que sigues con tu viejo bastón escocés —ella señaló al bastón del padre Munker, labrado al estilo celta y con un puño que representaba la cabeza de un águila.

—Ya sabes, esta cojera...

—¿Puedes contarle de nuevo a esta vieja cómo conseguiste un bastón tan peculiar? Hace tanto que me hablaste de ello que casi no recuerdo los detalles.

El jesuita le contó la investigación que llevó a cabo veinte años antes, en Escocia, para determinar la autenticidad de los fenómenos relacionados con una figura de la Virgen que lloraba

sangre en la parroquia de Creideamh, y cómo el diablo logró dañarle la pierna derecha antes de ser expulsado.

—El diablo siempre pierde. Siempre —recalcó ella—. Lo sé bien por mi propia historia. Pero no deja escapar ninguna oportunidad de ampliar el mal que hace.

—Y es todo un experto en ello.

Siguieron hablando todavía un rato más. Antes de irse, el sacerdote le dio la unción de enfermos y se despidió de ella.

Un mes después

Sor Anunciación del Sagrado Corazón había muerto hacía un par de días. La encontraron tumbada en su celda, agarrada a un crucifijo y con expresión de una serenidad inefable. Daba la sensación de haber encontrado la plena felicidad mientras su vida se iba marchitando hasta apagarse por completo.

La superiora, dada la relación que les unía, decidió avisar al padre Munker para oficiar el funeral de su amiga. Él, por supuesto, aceptó.

Fue un funeral muy emotivo. Sor Anunciación había muerto en olor de santidad y, junto a la tristeza lógica de la muerte de un ser querido, se hacía fuerte la seguridad de que se iba junto al Padre. El jesuita, sin embargo, recordó a las monjas la importancia de orar por los difuntos, aun siendo el primero en estar seguro de que ella ya estaba gozando de la visión beatífica.

Una vez finalizado el funeral y el entierro en el cementerio de la comunidad, la madre superiora se acercó al padre Munker con un sobre en la mano.

—Padre, quisiera hablar con usted un momento.

—Usted dirá.

—Cuando encontramos a sor Anunciación del Sagrado Corazón muerta, también encontramos en su escritorio este sobre —se lo mostró al jesuita—. En él viene indicado su nombre.

La monja le dio el sobre al sacerdote, que lo miró con emoción.

—¿Sabe de qué se trata?

—No lo hemos abierto. Tal como lo encontramos, se lo entregamos. Me imagino que serán unas letras para despedirse de usted y darle ánimo. Últimamente estaba muy preocupada por usted.

—¿Por mí? La última vez que nos vimos sí que se la veía muy inquieta, pero no me dijo nada concreto sobre sus motivos.

—¿Sabe, padre? Su amiga, nuestra hermana… era una santa. Es una santa. Ella no solía decir nada, pero cuando la veíamos en sus ratos de adoración en la capilla… Daba la sensación de haber entrado ella también en el sagrario para estar junto a Cristo. Si me pregunta mi opinión, totalmente personal, le diría que, si estaba preocupada por usted, sería porque Nuestro Señor, de alguna manera, le había comunicado algo. En cualquier caso, rezaremos por usted. Ella así lo habría querido.

—Muchas gracias, madre.

Cuando el jesuita hubo llegado a su habitación en la residencia de jesuitas de la calle Molinillo, en Burgos, se sentó pensativo. Dejó el sobre delante de él, en el escritorio, mientras rememoraba la historia que la unía con su amiga. Dos historias entrelazadas por el amor a Dios.

Él hacía poco que había terminado su formación como jesuita. Ella había tenido una vida azarosa, vacía. Hasta que encontró a Gabriel, un amigo que, poco a poco, fue ayudándola a llenar ese corazón suyo, tan amplio. Se enamoraron. Iniciaron su noviazgo. Se plantearon el matrimonio. Pero ella tenía la sensación de que algo la faltaba. No estaba segura de cuál era su camino. Gabriel, deseando tan sólo la felicidad de Sara, la propuso hablar con un sacerdote amigo suyo, el padre Munker, que la podría ayudar en su discernimiento.

Sara, ayudada por el jesuita, descubrió que Dios la llamaba a algo diferente al matrimonio. La quería para Él en exclusiva, en una vida contemplativa como clarisa. Gabriel, guiado por un

amor verdadero y sincero, aceptó la decisión de Sara, sabedor de que, si ese era su camino, sería el que la guiaría a la verdadera felicidad.

Desde entonces, la amistad entre Sara y Munker se había mantenido con total vitalidad, a pesar de que casi no se veían, debido a la clausura de ella y las ocupaciones de ambos.

Y, un buen día, se enteró de que tenía cáncer y estaba a punto de morir.

Miró fijamente el sobre. Ahí se encontraban las últimas palabras de su amiga dirigidas a él. Con emoción lo cogió, lo abrió y sacó su contenido.

Querido Joaquín:

Te escribo estas palabras, más que como despedida, para retomar nuestra última conversación. Porque despedirnos, ya nos despedimos la última vez que nos vimos. Y ambos sabemos que, aunque yo ya haya muerto, seguimos unidos por el misterio de la Comunión de los Santos.

Como ya te dije en su momento, estos casi 40 años han sido increíblemente felices. Nunca habría pensado que el Señor me tuviera reservada tanta alegría. Incluso con el cáncer devorándome por dentro estaba en paz. Todo se lo ofrecía a Él.

¿Recuerdas que te dije que tenía una sensación extraña? Este último mes, el Señor me ha hecho un regalo totalmente inesperado e inmerecido. Me ha permitido ver una parte del futuro. Esa sensación extraña no era más que una pequeña antesala, como para prever lo que venía. Pero ahora ya lo he visto.

Los cambios están siendo rápidos, pero van a serlo más aún. Todo se acabará precipitando. Está muy cerca ya la Segunda Venida, amigo mío. No, no pienses que desvarío. Está a las puertas. Pero mantén la fe. Siempre debes mantenerla. Especialmente cuando lleguen los momentos más duros, en los que más vas a sufrir. Si te mantienes al lado de Dios, Él te fortalecerá.

Es cierto que las profecías son condicionales. Pero el mundo no quiere cambiar. Y el Anticristo ya ha sido seducido por las tinieblas. Será amado por el mundo, al contrario que Cristo. Traerá paz sin verdad.

Queda poco. Es cuestión de unos años, Joaquín. Ten fe. Yo estaré pidiendo por ti.

Un abrazo en el Señor,
Sor Anunciación del Sagrado Corazón.

El jesuita volvió a leer con detenimiento la carta, como para memorizarla, con una mezcla de cariño y sobrecogimiento. Después, la volvió a doblar, la metió en el sobre, que guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, y se fue a la capilla a rezar ante el Santísimo.

II

Tres años después

La crisis económica siguió avanzando por una Europa que había crecido los últimos años, llegando a dar la sensación de ser un gigante capaz de devorar el mundo entero pero que había dado pronto señales de un declive que se acentuaba cada vez más, y cada vez más rápido. Ya nadie se creía los continuos avisos de los gobernantes diciendo que su final se veía cercano. Sólo buscaban que sus conciudadanos mantuvieran una mínima confianza en ellos. El problema era que, tras más de tres años de una crisis que arrollaba a los ciudadanos europeos como si de moscas se tratara, no se veía luz al final del túnel. Los gobiernos se empeñaban en inyectar dinero en el sistema bancario. Un dinero que realmente no tenían, con lo que sumaban impuesto tras impuesto a los ciudadanos. Las empresas pequeñas se veían obligadas a cerrar, al no poder hacer frente a la falta de ingresos. Las grandes aprovechaban las circunstancias para hacer recortes de personal. El paro se incrementó enormemente, hasta índices nunca vistos.

Desde la Iglesia se seguía avisando de que el problema no era sólo económico, sino también moral. Poner por delante del hombre y de Dios al dinero conlleva unas consecuencias, que se estaban viendo en esos momentos. No se recibieron estos avisos con buena disposición. Los medios de comunicación, siguiendo su tendencia habitual desde hacía ya muchos años, retorcían cada comunicado hasta hacer que pareciera un juicio despiadado de parte

de personas totalmente ajenas al mundo real y sin ningún verdadero interés por ayudar. Cáritas estaba desbordada de trabajo, pero eso no llegaba a las noticias, que preferían utilizar a los obispos como chivos expiatorios para mantener a los gobernantes más o menos libres de culpa. Eso llevó a que comenzara una serie de actos vandálicos contra la Iglesia. Profanaciones, destrozos, pintadas… Eso fue al principio. Según avanzó la crisis, en algunas zonas llegaron a quemar iglesias, azuzados por líderes populistas.

Entonces llegó el final del mandato del presidente del Consejo Europeo.

En una pequeña aldea del norte de Rusia, un sacerdote se encontraba rezando de rodillas ante un icono. Tenía unos 57 años, llevaba una sotana muy gastada, un gorro de lana le cubría el pelo, lacio y moreno aunque ya poblado de canas. Sus manos, cubiertas por mitones también de lana, se encontraban unidas, con las puntas de los dedos rozando los labios. Los ojos, de un color azul intenso, fijos en el icono, que representaba a Cristo en majestad, en un círculo sostenido por cuatro ángeles y con una orla en la que ponía «*Yo soy el principio y el fin, el alpha y la omega*».

Era de noche y el viento soplaba fuera de la casa. Hacía frío, pero él ya no lo notaba aunque llevaba inmóvil más de media hora. Había entrado en un éxtasis místico, algo que desde hacía tiempo le ocurría con frecuencia.

Por fin, el padre Józef Nowak salió del éxtasis. Hizo la señal de la Cruz con total reverencia y se puso en pie, pensativo. Había visto parte de los acontecimientos futuros. Sabía que tenía que encontrarse con un viejo conocido, al que hacía más de veinte años que no veía. Tenían una misión que cumplir. Pero debía prepararse, porque estaba a punto de llegar el que desencadenaría el final.

En la capilla, Pío XIII meditaba sobre los informes que acababa de leer. Desde hacía unos días, no paraban de surgir aparicio-

nes y videntes que avisaban sobre la cercanía del fin del mundo. Nunca en la historia de la Iglesia habían faltado quienes lo vaticinaran, pero ahora se repetía demasiado. Demasiadas señales como para ignorarlas.

El Papa era consciente de que podía tratarse de fenómenos falsos. Normalmente, la fijación en las apariciones con el tema apocalíptico era un parámetro indicativo de falsedad, de algún tipo de obsesión del supuesto vidente. Pero la magnitud de los acontecimientos, con apariciones y visiones que se contaban por decenas y en lugares muy poco relacionados entre sí hacía pensar que quizá en esta ocasión sí hubiera motivo para sospechar de la cercanía del fin.

A Pío XIII esto no le preocupaba. Era de los pocos que, al decir en la Misa «ven, Señor Jesús» lo decían con pleno convencimiento. Pero sí que temía por los católicos, por su rebaño, el Pueblo de Dios. Sobre todo por los poco formados en materia de fe. Si llegaran a ser zarandeados por persecuciones y dificultades, muchos abandonarían su fe. Renegarían de Dios.

Desde su elección como Sumo Pontífice había intentado revivir en la Iglesia el conocimiento de la fe. El gusto por el estudio de las verdades eternas. Apartar al Pueblo de Dios de una fe basada en sentimientos y emociones y llevarle a la fe auténtica, basada en un encuentro personal con Cristo y el asentimiento de la razón y la voluntad de cada uno. Pero no era tarea fácil.

El Santo Padre siguió meditando mirando al Santísimo. Dejando a su corazón hablar sin miedos al Corazón de quien aguardaba, paciente, en ese pedacito de pan blanco.

El Consejo Europeo estaba a punto de elegir un nuevo presidente, que tendría que enfrentarse al desagradable problema de la crisis cuando parecía no tener solución. Desde luego, nada apuntaba a que se produjera la reelección del presidente saliente. No sólo no había conseguido frenar la crisis, sino que en su mandato se había agudizado.

Lazzaro Gobbi era prácticamente un desconocido para todos los europeos. Todo lo desconocido que puede ser el presidente del Consejo de Ministros de Italia. Su dedicación a la política había sido relativamente discreta, pero él había sido lo bastante hábil como para ir ascendiendo a buen ritmo hasta llegar a su actual cargo. Era reconocido como un buen administrador y como alguien con las ideas muy claras, aunque a veces no se supiera cuáles eran esas ideas. Y, ahora, estaba prácticamente seguro de resultar elegido presidente del Consejo. No en vano, aparte del presidente actual, no había más candidatos dispuestos a hacer frente a los problemas que atravesaba Europa. Al contrario que él. Sí, sería elegido. Y aportaría la solución a todas las dificultades.

Bianca, su esposa, entró en el salón. Seguía siendo tan bella como cuando la conoció. Llevaban veinticinco años casados, y se había convertido en su mejor confidente, amiga y amante. Ella era la única que conocía los planes de Lazzaro para atajar la crisis y los compartía en su totalidad. Era maravillosa. Cierto que habían tenido sus problemas. Normal. ¿Qué matrimonio no los tenía? Pero ya estaban resueltos.

—Bueno, dime: ¿qué se siente cuando se está a punto de ser el salvador de Europa? —preguntó ella, con una sonrisa cómplice.

—Hasta que se celebre la votación no sabré seguro si seré elegido, Bianca. No creo que sea positivo adelantar acontecimientos.

—¡Oh, vamos! ¡No hagas ahora como si no pensaras que vas a ser elegido! Llevas meses convencido de ser el próximo presidente del Consejo. No me digas que ahora empiezas a dudar.

—No es eso, cariño. Tengo la seguridad de que mañana seré el nuevo presidente. Pero no quiero gafarlo, ¿entiendes? No quiero llevarme una sorpresa a última hora.

—O sea, que no estás seguro —Bianca se rió con dulzura—. Eso es dudar, amor.

—Vale, quizá tengas razón… en parte. Pero tengo preparado incluso el discurso de investidura. Y tengo muy claras las medidas a

tomar para solucionar esta crisis. Así que, si dudo, no será mucho.

—Como quieras. Pero no tardes en venir a la cama. No quiero que mañana, cuando seas elegido presidente, se te vea con ojeras.

Bianca le dio un beso y salió, dejando a Lazzaro en su sillón, pensando en lo que daría comienzo el día siguiente.

III

Lazzaro Gobbi fue elegido presidente del Consejo Europeo por unanimidad. Absolutamente nadie quiso volver a confiar en el presidente saliente, después de no haber sido capaz ni siquiera de frenar un poco la crisis. Y tampoco había nadie más que quisiera arriesgarse a ser quien tuviera que poner orden en Europa. Las cosas estaban demasiado mal como para que un puesto así fuera deseable.

Pidió con las manos a sus compañeros que dejaran de aplaudir y comenzó su discurso de investidura. Su corazón, al principio, latía de forma que parecía que iba a salírsele del pecho. Lo había conseguido, aunque eso ya lo sabía desde hacía tiempo. Pero una cosa es saberlo y otra muy distinta estar allí, delante de tus compañeros, con un cargo de esa responsabilidad.

Se fue tranquilizando mientras leía su discurso. Se lo conocía bien, ya que lo había escrito un mes antes. En él, además de dar las gracias por su elección y de hablar de la enorme responsabilidad que suponía para él, puntos ambos bastante típicos en esta clase de discursos, prometió resolver la crisis durante su legislatura. Un murmullo sonó cuando lo dijo, y aprovechó para recalcarlo una vez más: se comprometía a solucionar la crisis en dos años y medio. Si en ese tiempo no había vuelto a repuntar la economía europea, se consideraría un fracasado y se retiraría.

Cuando terminó, hubo un instante en el que se hizo el silencio. Era como si todos estuvieran asimilando lo que acababan de escuchar. Al poco, los asistentes rompieron en aplausos. Él les había dado esperanza.

Mientras sonreía y saludaba, un pensamiento apareció de la nada en el fondo de su mente: «*Como ves, he cumplido lo que te dije. Sigue así y te llevaré a lo más alto, como hijo mío que eres*». Y él sonrió aún más complacido y asintió.

A Bianca le gustaba el cambio que había experimentado su marido de un año a esa parte. Era un hombre muy inteligente. No exento, claro está, de cosas negativas. De hecho, todas las dificultades que habían tenido siempre habían sido relativas a momentos de egoísmo de Lazzaro. A veces parecía que sólo le preocupaban sus problemas y sus preocupaciones, y las de ella quedaban a un lado. Pero siempre había sido también alguien discreto, con poca afición a destacar. Podía criticar con mucha dureza lo que no le gustaba, pero no era habitual que lo hiciera. Y mucho menos en público.

Por eso la sorprendió tanto cuando un día se le acercó y la dijo que había tenido una idea para acabar con la crisis europea y que pensaba llevarla a cabo. La explicó con pelos y señales las medidas que habría que tomar, cómo habría que hacerlo y, lo que más la llamó la atención, que se presentaría como candidato para la presidencia del Consejo Europeo.

Ella le escuchó con mucha atención, por supuesto. La verdad era que parecía haberlo meditado mucho y que, si alguien se atreviera a hacerlas realidad, esas medidas podrían volver a poner en marcha la economía, fortaleciendo Europa. Al menos, esa era la impresión que le daba, ya que no era una experta en economía ni política internacional. Sin embargo, en principio pensó que sería como otras veces, que se quejaba, se le ocurrían ideas y luego no actuaba. A veces parecía que no tenía ni ambición ni sangre en las venas.

Pero él siguió hablando del tema. Preparando su «plan maestro» para Europa. Al final, Bianca se dio cuenta de que Lazzaro iba muy en serio. Lo más llamativo fue que, ante su pregunta

por cómo se le había ocurrido todo eso, él respondió que le había venido de repente como en una especie de inspiración.

Ella no tenía muy claro a qué se refería con lo de que se trataba de una «inspiración», pero sí que había visto cómo crecía en su marido la ambición de llegar a la presidencia y demostrar lo que podía hacer. Vio cómo Lazzaro estaba seguro de que sería elegido. Todo parecía estar calculado de antemano. Y ella se alegraba de ese cambio.

Ahora ella era la mujer del presidente del Consejo Europeo, y sería testigo de una serie de reformas que acabarían con la pobreza y el desempleo. Y estaría al lado de quien había hecho posible todo eso. Se sentía orgullosa. Muy orgullosa. Aunque algo, en el fondo de su ser, parecía rebelarse ante el cambio de Lazzaro.

Mientras en Bruselas se elegía nuevo presidente del Consejo Europeo, el padre Józef Nowak estaba celebrando Misa en la aldea rusa en la que estaba destinado. Allí, al elevar en la consagración el Cuerpo de Cristo, las heridas de las manos y de la cabeza comenzaron a gotear sangre. Su expresión cambió, como si estuviera ausente. Mantuvo la Hostia levantada más tiempo del habitual, hasta que volvió a su ser y continuó con la celebración. Los feligreses sabían muy bien que el padre Nowak era un estigmatizado, por lo que entendieron lo que acababa de ocurrir como una expresión de la crucifixión en el momento del sacrificio incruento de la Eucaristía. Les aumentó su ya de por sí enorme devoción. No se trataba de una aldea que hubiera sido especialmente religiosa antes de la llegada del jesuita, pero él había sabido ir ganándolos para la fe verdadera. Lo que no fue sencillo, ya que del extremo de no creer en casi nada estuvieron a un paso de caer en el de una devoción ciega hacia él, hacia su persona, en lugar de hacia Dios. Le costó que dirigieran adecuadamente su fe, pero lo había conseguido.

Una niña, al terminar la Misa, se acercó a él.

—*Otets* Nowak, ¿qué le ha pasado al levantar al Señor? Ha puesto cara de no estar ahí, aunque sí que estaba, porque le veíamos…

El polaco sonrió ante la forma de explicarse de la chiquilla.

—Nada, Masha. No te preocupes.

—No me preocupo, *otets*, pero… ¿le ha dolido?

—Me ha dolido, pequeña. Pero no pasa nada. Son parte de los dolores del Señor en la Cruz. Ya lo sabes.

—Sí, pero su cara ha cambiado. Parecía como si estuviera mirando algo que estaba muy lejos. ¿Ha visto algo que los demás no podíamos ver?

Al padre Nowak le sorprendió la intuición de la niña. Se puso en cuclillas con algo de dificultad para estar a su altura y la dijo con dulzura:

—He visto algo, mi niña. Pero es algo terrible y esperanzador al mismo tiempo, y no estoy seguro de que sea buena idea decírtelo. Podrías asustarte.

—¡No me asustaré, *otets*! ¡Se lo prometo!

Nowak se rió.

—Está bien, te lo diré. Pero no se lo puedes contar a nadie. ¿Me lo prometes?

—¡Palabra de honor!

—Masha, he visto cómo, mientras consagraba y el Señor se hacía presente en mis manos, el Anticristo comenzaba su andadura. Y he visto parte del futuro, de lo que le espera a la Iglesia y a todo el mundo.

—¿Por eso ha sangrado?

—Por eso he sangrado. La Iglesia, la Esposa de Cristo, Su Cuerpo Místico, sufrirá mucho. Pero, a la vez, estará a la espera de la llegada del Esposo. ¿Entiendes por qué no hay que tener miedo?

La niña le miraba fijamente con unos grandes ojos verdes.

—¡Claro, *otets*! Nos lo ha dicho muchas veces. Dios nos quiere. Es nuestro Papá. Él nos cuida, y si alguna vez tenemos que sufrir, es para acercarnos más a Él.

El jesuita sonrió. Sus brillantes ojos expresaban un amor infinito hacia Masha. La revolvió el pelo con la mano.

—No lo olvides nunca, Masha. Dios no te abandona nunca. Nunca. Siempre está contigo.

—¡Claro que no lo voy a olvidar! —exclamó ella con su aguda voz infantil.

—Por cierto, ¿cómo es que has venido sola? ¿Dónde están tus padres?

—Llevan enfermos desde ayer, *otets*. Están en la cama y se marean si intentan levantarse.

—Te acercaré a casa y, si no os importa, pasaré a verles.

El sacerdote y la niña salieron de la pequeña iglesia. Se estaba poniendo el sol y el frío comenzaba a recrudecerse. Tardaron poco en llegar a la casa de la familia de Masha. La niña abrió la puerta e invitó al padre Nowak a entrar. La casa estaba en silencio. Fueron hacia la habitación de los padres. En la cama de matrimonio se encontraban ambos, acurrucados uno junto al otro, sudando copiosamente y con temblores. Masha comenzó a sollozar. Había empeorado su estado. El sacerdote se acercó a ellos. Les puso la mano en la frente y comprobó que tenían una fiebre muy alta.

—¡Masha! ¿Recuerdas lo que te he dicho antes?

—¿Que no tuviera miedo?

—No lo tengas, chiquilla. Tranquila.

Se dirigió a los padres de la niña.

—Si tenéis fe, comprobaréis el poder del Señor. ¿Creéis en Él?

Los dos le miraron entre los temblores, asintiendo como podían. El sacerdote posó sus manos en la cabeza de ellos mientras cerraba los ojos y rezaba de rodillas. Masha seguía llorando, pero observaba atentamente lo que ocurría. Por un momento, la pareció que el padre Nowak despedía olor a rosas.

Pasados unos minutos, el sacerdote abrió los ojos, apartó las manos y se puso en pie. Ellos estaban llorando. Habían parado de

sudar y los temblores también habían cesado. Se sentían totalmente recuperados.

—Gracias, muchas gracias —le dijeron, con la voz quebrada por el llanto.

—A mí no. A Nuestro Señor. Él es quien tiene el poder, el honor y la gloria. Yo sólo soy un indigno siervo. Ahora, procurad descansar un poco. Tenéis que estar fuertes para cuidar de esta pequeña valiente.

Masha tenía la cara surcada por una sonrisa de oreja a oreja, que acentuaba un par de sonrosados mofletes. El padre Nowak, sonriendo, se agachó hacia ella.

—Cuida de tus padres y reza por ellos. Lo dejo en tus manos —dijo, guiñándola un ojo.

Mientras volvía a casa, Józef Nowak iba pensando sobre lo que se avecinaba. Le dolía saber que tendría que dejar el pueblo. Amaba a esas gentes. Y ellos le amaban a él. En los casi treinta años que llevaba allí había visto cómo esas personas luchaban por la vida en un lugar que no ofrecía ninguna comodidad. Y había sabido, con la ayuda de Dios, ganarse su corazón. Ellos le habían robado el suyo.

Fue él quien pidió ser enviado a un lugar remoto, con las mínimas comunicaciones posibles. Sabía que, si se quedaba en Polonia, su país natal, o en Roma o en cualquier otro sitio, acabaría llamando demasiado la atención sobre sí por sus estigmas. Y no quería eso. El importante era Dios. Así que pidió a su superior que le destinaran al lugar más apartado que pudieran encontrar. Así acabó viajando a Rusia para hacerse cargo de una parroquia prácticamente abandonada.

El recibimiento no fue especialmente cálido. Fue la familia de Masha la que comenzó a tratar con él con naturalidad, como si él mismo perteneciera a ella. Y, poco a poco, mientras los lugareños aprendían a confiar en él, también se fue revitalizando la fe de esa comunidad.

Y en no mucho tiempo tendría que irse. Sabía que era la voluntad de Dios y eso le reconfortaba, pero no hacía que no le diera pena. Eran muchos años y muchos amigos. Tendría que avisarles en algún momento y buscar otro sacerdote que tomara el relevo en la comunidad.

Sin embargo, ahora tenía que centrarse en preparar su espíritu como nunca antes lo había preparado. Más oración. Ayuno. Meditación de la Palabra. Y, por supuesto, los Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. El germen de la forma de espiritualidad que le había guiado a lo largo de su vida.

Recordó la primera vez que hizo los Ejercicios. Fue cuando se estaba preparando para su incorporación a la Compañía de Jesús. El mes de Ejercicios completo, en silencio, en soledad (excepto por los encuentros con el director espiritual). La prueba definitiva de si realmente ese era el camino que Dios quería para él. Recordó cómo, a través de las contemplaciones de la vida de Jesús, se fue involucrando más y más en el Evangelio. Era como vivir realmente lo que contemplaba.

Ocurrió en las contemplaciones de la tercera semana de Ejercicios, en las que se pasa por los misterios de la vida de Jesús relacionados con su Pasión y muerte. En la contemplación del séptimo día, que recoge toda la Pasión, no podía dejar de llorar. Ya los días anteriores había llegado a las lágrimas y había tenido grandes consolaciones. Pero ese día fue diferente. Allí solo, en su habitación, comenzó a sentir físicamente los sufrimientos de Jesús. Se identificó por completo con ellos. Hasta el punto de que su propia sangre brotó de los lugares donde Cristo tenía las heridas. Sangró por la cabeza, debido a la corona de espinas. Por manos y pies. Por el costado. Vivía la confusión y el tormento de ser rodeado por quienes te insultan y te quieren matar. Notaba cada bofetada, cada salivazo. Cayó en el suelo, desmayado, mientras sentía los clavos atravesándole y el lanzazo final. Cuando despertó, las heridas seguían ahí. Y le acompañaron ya siempre.